

Colombia, el debate de los intelectuales (dos siglos de discusión)

Colombia, the debate of intellectuals (two centuries of
discussion)

*Colômbia, o debate dos intelectuais (dois séculos de
discussão)*

Juan Guillermo Gómez*

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Cómo citar: Gómez, J. G. (2025). Colombia, el debate de los intelectuales (dos siglos de
discusión). *Revista Colombiana de Sociología*, 48(1), 19-44.

DOI: <https://doi.org/10.15446/rsc.v48n1.115920>

Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 2.5.

Artículo de investigación científica y tecnológica

Recibido: 22 de julio del 2024 Aprobado: 20 de diciembre del 2024

* Profesor Titular Universidad de Antioquia y Catedrático Titular de Universidad Nacional
de Colombia (Sede Medellín). Miembro del grupo de investigación Gelcil. Adelanta edición
de Rafael Gutiérrez Girardot - Colombia (9 tomos).

Correo electrónico: puntumed@yahoo.com—ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2118-385X>

Resumen

Este artículo pretende dar un panorama histórico de las íntimas y dinámicas relaciones del intelectual o letrados y las imágenes de nación (liberal-burguesa, romántica y plebeya), de Francisco José de Caldas a Estanislao Zuleta, para mencionar dos nombres representativos. Este recorrido sintético se presenta en tres periodos. El primero correspondiente al siglo XIX, desde la Expedición Botánica a la Regeneración de Núñez/ Caro. Las luchas políticas entre centralista y federalistas, en la Patria Boba, y más adelante, entre liberales y conservadores estuvieron animadas por personalidades muy descolantes, de Bolívar y Juan García del Río a José María Vergara y Vergara, Jorge Isaacs y Candelario Obeso. El segundo periodo va de los fines de la Regeneración, pasando por la Revolución en marcha, hasta el Frente Nacional. En este periodo surgen nombres e instituciones, como la Academia Colombiana de la Lengua (1871) o más tarde la Escuela Normal Superior (1936), que crean imágenes contrapuestas de nación. José María Vargas Vila, Baldomero Sanín Cano, Virginia Gutiérrez de Pineda, García Márquez son, para este periodo, figuras sobresalientes. El tercer periodo comprende desde el Frente Nacional a la Constitución de 1991, se caracteriza por la figura de Jorge Gaitán Durán, su revista *Mito*, a la emergencia del “libro de izquierda”, que expresa las convulsionadas oleadas marxista/leninista, en el marco de la masificación universitaria de los sesenta y setenta. Se destacan nombres, obras e instituciones como la prensa, la imprenta, los grupos intelectuales, los grupos de teatro. Al final proporciona elementos analíticos, tomados de la historia intelectual, que caracterizan y determinan a los intelectuales en su constante tarea de redefinir sus imágenes de nación.

Palabras clave: grupos intelectuales, intelectuales, nación liberal/burguesa, nación plebeya, nación romántica, prensa.

Descriptores: academia, Colombia, intelectuales, política.

Abstract

This article aims to give a historical overview of the intimate and dynamic relationships of the intellectual or literate and the images of the nation (liberal-bourgeois, romantic and plebeian), from Francisco José de Caldas to Estanislao Zuleta, to mention two representative names. This synthetic tour is presented in three periods. The first corresponding to the 19th century, from the Botanical Expedition to the Regeneration of Núñez/Caro. The political struggles between centralists and federalists, in the Patria Boba, and later, between liberals and conservatives, were animated by very outstanding personalities, from Bolívar and Juan García del Río to José María Vergara y Vergara, Jorge Isaacs and Candelario Obeso. The second period goes from the ends of the Regeneration, the Revolution underway, to the National Front. In this period, names and institutions emerged, such as the Academia Colombiana de la Lengua or later the Escuela Normal Superior, which created contrasting images of the nation. Baldomero Sanín Cano, Virginia Gutiérrez de Pineda y García Márquez are outstanding. The third period, from the National Front to the 1991 Constitution, is characterized by the figure Jorge Gaitán Durán, his magazine *Mito*, to the emergence of “leftist books”, which expresses the convulsed Marxist/Leninist waves, within the framework of the university massification of the sixties and seventies. Names, works and institutions such as the press, the printing press, and intellectual groups stand out. In the end it provides analytical elements, taken from intellectual history, that characterize and determine intellectuals in their constant task of redefining their images of the nation.

Keywords: intellectuals, intellectual groups, liberal/bourgeois nation, plebeian nation, romantic nation, press.

Descriptors: academy, Colombia, intellectuals, politics.

Resumo

Este artigo pretende dar um panorama histórico das relações íntimas e dinâmicas do intelectual ou letrado e das imagens da nação (liberal-burguesa, romântica e plebeia), de Francisco José de Caldas a Estanislao Zuleta, para citar dois nomes representativos. Este percurso sintético apresenta-se em três períodos. O primeiro correspondendo ao século XIX, desde a Expedição Botânica até à Regeneração de Núñez/Caro. As lutas políticas entre centralistas e federalistas, na *Patria Boba*, e posteriormente, entre liberais e conservadores, foram animadas por personalidades muito destacadas, de Bolívar e Juan García del Río a José María Vergara y Vergara, Jorge Isaacs e Candelario Obeso. O segundo período vai desde o final da Regeneração, a Revolução em curso, até à Frente Nacional. Neste período surgiram nomes e instituições, como a Academia Colombiana de la Lengua ou mais tarde a Escuela Normal Superior, que criaram imagens contrastantes da nação. Baldomero Sanín Cano, Virginia Gutiérrez de Pineda, García Márquez são descottales. O terceiro período, da Frente Nacional à Constituição de 1991, é caracterizado pela figura de Jorge Gaitán Durán, a sua revista *Mito*, até de “livros de esquerda”, que expressam as convulsionadas ondas marxistas/leninistas. no quadro da massificação universitária dos anos sessenta e setenta. Destacam-se nomes, obras e instituições como a imprensa, a tipografia e grupos intelectuais. Ao final, fornece elementos analíticos, retirados da história intelectual, que caracterizam e determinam os intelectuais em sua constante tarefa de redefinir suas imagens de nação.

Palavras-chave: grupos intelectuais, intelectuais, nação liberal/burguesa, nação plebeia, nação romântica, imprensa.

Descritores: academia, Colômbia, intelectuais, política.

La nación un largo laberinto conceptual

[23]

Recientemente se publicó *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877- 1947*, del historiador cartagenero Francisco Javier Flórez Bolívar (2023). El libro invita a repensar no solo los estudios sobre la vida intelectual colombiana, sino a discutir nuevamente los fundamentos teóricos de esa larga y laberíntica discusión conceptual sobre la nación. La discusión no es reciente, y toca los mismos orígenes de la formación de una entidad conceptual, una magnitud compresiva de un ser colectivo identitario, de lo que hoy denominamos Colombia. El mismo nombre Colombia, remite a la figura de Francisco de Miranda, la figura criolla más prominente del largo ciclo colonial español, y a quien le debemos nuestra nominación y la bandera tricolor como uno de los símbolos patrios, sin olvidar que este venezolano, refugiado en Londres, publica el primer manifiesto independentista, por boca del exjesuita Viscardo y Guzmán, “Carta dirigida a los españoles americanos” en 1792 (Viscardo y Guzmán, 2004; Miranda, 1982; Bolívar, 1947).

A este manifiesto discursivo augural, entre los ideales neoescolásticos del exjesuita peruano y los ilustrados de de Miranda —había contribuido como militar a la liberación de los Estados Unidos y estuvo al lado de los franceses revolucionarios en la batalla de Valmy contra el Duque de Brunswick—, subyace el anhelo que, aun en penumbras, identifica una patria común americana con la imperiosa necesidad de emanciparse del tronco peninsular. “América espera” era la consigna de quien será el primer presidente de la República de Venezuela y, más tarde, prisionero de los españoles por virtud de circunstancias equívocas, del autor de la “Carta de Jamaica” (redactada en su exilio en la isla caribeña en no muy diferentes circunstancias de derrotado (Gómez García, 2015) . Este documento amplifica la “Carta” de Viscardo Guzmán/ de Miranda. Queda plasmada de este modo, por primera vez con nitidez “profética”, las bases de la nación colombiana futura, independiente, constitucional republicana, anti-hispánica, centralista, bi-cameral, atada al destino de los países que comparten su tronco histórico común, de México al Río de la Plata.

En estos esbozos o proyectos de nación futura, nacidos en el exilio y motivados por un patriotismo acendrado, se entrevé los límites imaginarios y la estructura ideal de la nación, como constructo de los intelectuales, que obran bajo el efecto de las deplorables políticas de Carlos III y sus descendientes, Carlos IV y el pérfido Fernando VII. También en la Nueva Granada, sin necesidad de pisar tierras extranjeras y por virtud del desplante de Alexander von Humboldt, el payanés Francisco José de Caldas traza el primer mapa ideal de nuestra posterior República de Colombia, en “Estado de la geografía del Reino de Nueva Granada”, publicado en el *Semanario de la Nueva Granada* en 1808, en el año que se precipita la crisis de la monarquía española, por la invasión napoleónica, y en que muere su maestro, el sabio

Mutis. La osadía de Caldas era solapada, pues con una gran agudeza, producto de sus incomparables conocimientos, traza las líneas de ese espacio privilegiado de la zona tropical, que nos distingue del mundo septentrional europeo. No somos Europa, nos distinguimos de ella por nuestro complejo climático, estructura montañosa, posición astral (de allí la importancia del Observatorio Astronómico), riqueza inmensa de fauna y flora, posición interoceánica, abundancia de metales, peculiaridades orográficas —ríos Magdalena y Cauca, Atrato y San Juan— y, sobre todo, de una población en que se conjugan, aunque mal dispuestas, tres castas diferenciadas. Caldas, hay que subrayar, compartía los prejuicios raciales de su época, el presupuesto de la inferioridad moral y cognitiva de los negros (que habitan las costas y la tierra caliente tropical), pero no se puede atribuirle un racismo científico *avant la lettre*, por la sencilla razón de que el racismo científico (del que se le acusa con anacronismo por Alfonso Múnera (2005) y repite Flórez Bolívar (2023)) no era una posibilidad conceptual, pues agresivo racismo solo es posible a partir de Gobineau, con su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1864), y sus sucesores europeos (Chamberlain, Rosenberg, etc.) como lo discute Franz Boas en *Cuestiones fundamentales de la antropología cultural*. (Boas, 1964; Ortiz, 1946.)

La obra científica de Caldas en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (en ella colaboraron José Manuel Restrepo, Jorge Tadeo Lozano, Eloy Valenzuela, Joaquín Camacho), no es una invención “romántica”; es el resultado de esfuerzos de una mente ilustrada, casi sobrehumanos. La tarea la realizada por el mismo Caldas en *Diario Político* —en estrecha colaboración con Joaquín Camacho— de 1810, escrita al hilo de los acontecimientos derivados del llamado grito del 20 de julio de ese año, marca un derrotero nacional, una imagen del espacio material geográfico (sin el que no hay nación posible), adecuado a las instituciones políticas, ajenas al absolutismo monárquico (es decir, de tono anti-hispánico). Caldas hizo parte, como lo expresa Renán Silva en su valioso y exhaustivo estudio, de “una comunidad de interpretación”¹(2002). Nuestra población es amante de las libertades públicas, para Caldas, y ha demostrado un patriotismo no solo en los criollos ilustrados, sino en el pueblo bajo, la plebe que se reveló contra el virrey y, sobre todo, contra la avarienta virreina, odiada por las placentas². Se puede sostener al leer estos periódicos, como asegura Múnera, que Caldas sentó la bases para una “soberanía aristocrática”? Por el contrario, Caldas ofrece una imagen de un conglomerado nacional que había sufrido las humillaciones de las autoridades españolas, que había sacrificado a miles de hombres

1. Es desacertado cuando califica a Caldas de “romántico”. Caldas careció del subjetivismo ocasionalista, característica propia del romántico. (Schmitt, 2000).
2. Hasta ahora no se han desglosado las 17 entregas del *Diario Político* de los acontecimientos del 20 de julio y las semanas posteriores, de autoría —muy presuntamente— de Caldas.

en el levantamiento de los Comuneros y perseguido, en forma infame, a Antonio Nariño. Luego Caldas iba a ser víctima del Hombre de las Leyes, al tomar partido por la causa federalista contra el Presidente del Estado de Cundinamarca. (Caldas, 1966; Bateman, 1959)

No es del todo necesario, en este escrito, seguir las vicisitudes de la imagen de la nación derivadas por la Patria Boba, de las luchas centralistas/ federalistas que facilitaron la obra de la reconquista de Pablo Morillo en 1815, ni las disputas entre bolivarianos/ santanderistas, luego de obtenida la Victoria de Ayacucho en diciembre de 1824. Todas estas luchas se enmarcan en un concepto constitucional liberal-burgués —el modelo del constitucionalismo del Sieyès *¿Qué es el tercer Estado?* y su correlato de las Cortes de Cádiz (Berruezo, 1986)—, en que la improvisación burocrática y las rivalidades inter-partidistas, pero no menos en el impulso utópico que van a resumir el poeta venezolano Andrés Bello y el prosista cartagenero —mestizo— Juan García del Río, con su *Biblioteca Americana* y *Repertorio Americano* (Londres, 1824-1826). El primero número de esta empresa pan-hispanoamericana estaba bellamente ilustrado, como portada *Al pueblo americano*, dibujado por H. Corbould y grabado por G. Cooke. Bello había llegado a Londres, como enviado de la Junta de Caracas en 1810, García del Río, acaba de arribar a la capital británica como delegado del general San Martín (Jasick, 2001).³

Estos debates por la nación en ciernes, en medio de las “repúblicas adolescentes”, como las califica el ensayista venezolano Picón-Salas, se mueven entre la tradición nostálgica por España y los ideales cosmopolitas, ilustrados de la nación liberal-burguesa. La prensa, el parlamento, los cenáculos intelectuales, los partidos, los púlpitos eran los lugares de enunciación de esa nueva patria. Abogados, periodistas, economistas, poetas, clérigos, médicos, geógrafos más o menos sabios, más o menos advenedizos, se movían en las aguas escurridizas de la pugna del poder. El político/militar era también el intelectual *ad hoc*. Había exaltados y serenos, en los bandos contrapuestos. En otras palabras, un movimiento nacionalista proto-señorial que borrara del recuerdo la revolución burguesa solapada del *Code* napoleónico —secularizaba la familia, declaraba el matrimonio como contrato civil, repartía la herencia por igual a los hijos, borraba los privilegios señoriales ante los tribunales, etc.—. Eran los hombres de poder y pluma que configuran los contornos de las “élites patricias”, que estudia José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1999).

De modo que lo que subyacía en la definición de la nación, tras la Independencia, era una pugna entre una imagen liberal burguesa de nación y otra romántica conservadora. Esta última tendrá su apogeo, décadas después, en la obra intelectual/ literaria de José María Vergara y Vergara y su círculo literario de El Mosaico. A diferencia del Salón Literario del Río

3. La *Gramática castellana*, el *Código civil* o la reconstrucción del Mio Cid desdican la tesis del subtítulo: “la “pasión por el orden” (Lynch, 2009).

de la Plata (1837), en que figuraron Marcos Sastre, Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi y, sobre todo, Esteban Echeverría, que calificó abiertamente la tradición española como funesta, tanto política, científica y literaria —y en cuya polémica nacerá esa obra magistral *Facundo* de Domingo F. Sarmiento (1845)—, los neogranadinos de *El Mosaico*, anhelarán el retorno a España, a sus tradiciones, a su cultura letrada. Sus nutridos colaboradores, Rafael Pombo, Manuel María Madiedo, Juan Manuel Groot, María Josefa Acevedo de Gómez, y medio centenar más, añoraban las costumbres del pasado y resistían a los estrepitosos cambios republicanos. Esta nostalgia por el *topos uranos* español era no solo una remembranza nostálgica por los tiempos idos de la Colonia, sino algo más decisivo: un artificio intelectual que se oponía, tajante y solapadamente, a los sucesos del golpe del 17 de Abril de 1854 de José María Melo y a su rebelión artesanal.

Dos figuras de gran renombre hacen parte de esta generación del medio siglo XIX, Ezequiel Uricochea y Manuel Ancizar. Uricochea se gradúa de doctor de medicina en Harvard a la edad de 18 años y publica a los veinte años un pequeño libro, una de las joyas bibliográficas de nuestro país, *Memorias de las antigüedades neo-granadinas* (1854), que constituye un estudio exquisito y homenaje a la civilización chibcha, a su más peculiar legado, a saber, la elaboración de los tunjos o pequeños aditamentos metálicos —de fusiones de oro, plata y cobre— con que hasta hoy identificamos esa gran civilización precolombina. Sus conocimientos gramaticales competían con los de José Rufino Cuervo. Uricochea morirá de disentería en Palestina, como profesor de árabe de la Universidad de Bruselas. Manuel Ancizar, atraído al país por Tomás C. de Mosquera, publicará *Peregrinación de Alpha: por las provincias del norte de la Nueva Granada* —publicada en Bogotá en la Imprenta de Echeverri Hermanos (1853)—, un incomparable diario de su viaje por la Cordillera oriental, de Bogotá al Norte de Santander, en la que pinta las entrañas de la vida rural, de sus costumbres de modo vivo, describe las peculiaridades geográficas y pone el dedo en la herida al tratar de imaginar los vestigios de los monumentos precolombinos y la suerte desgraciada que tuvo que padecer esa civilización bajo el yugo español. Imagina a la vez, a la luz de este viaje, una Colombia federal, de cuyo foco regional —implica desarrollo social dinámico y autonomía fiscal— se remitirán la penuria y la incertidumbre que describe con alto estilo. Admira las mujeres laboriosas, las artesanas dedicadas a sus modestas labores. Ancizar es el primer rector de la Universidad Nacional, proyecto federalista que contemplaba becas destinadas a estudiantes de los nueve Estados de los Estados Unidos de Colombia (Loaiza Cano, 2004).

La nación romántica hispánica del *El Mosaico* anticipa y posibilita la reacción en forma de *El Tradicionista* (1871- 1876) de Miguel A. Caro, en cuyas polémicas periodísticas queda establecido la dimensión política, abiertamente antiliberal de la Regeneración. Caro propugnaba

pues por una nación católica, pugnaz y autodefensiva de las prerrogativas de la lucha papal, del reaccionario Papa Pío IX, ultra-anti-ilustrado, anticomunista, antisocialista, anti-utilitarista, anti-luterano, anti-masón etc. El largo papado de casi 32 años de Pío Nono —1846- 1878— coincidió con las revueltas más virulentas del proletariado europeo y del auge del materialismo filosófico, de Marx a Darwin y Spencer. El santo temor a estas nefastas influencias sobre la población colombiana que ya había dado suficientes motivos para preocuparse por sus almas extraviadas hizo posible y fue la base de una reacción en marcha, sin pausas y sin concesiones. La llamada dictadura de Melo de 1854 fue *leit motiv* para toda esta acusada resistencia, que no dejó de tener moderados conciliadores *a posteriori*, como Cordóvez Moure (1978). El presidente ecuatoriano Gabriel García Moreno, al igual a Caro, anheló asimilar la nacionalidad con la fe católica de sus ciudadanos. Pero a diferencia de nosotros, García Moreno contó con un formidable contradictor, Juan Montalvo. Fue asesinado en una conspiración de liberales, el 6 de agosto de 1875.

Caro quiere una nación católica, beata incluso, respetuosa de los mandatos divinos, analfabeta en lo posible, pues vale más un piadoso confesor que un funesto maestro ateo. Caro nunca afirma o aspiró a “una República de Blancos”. Es esto una invención conceptual de Jorge O. Melo. Caro obedecía los preceptos del Pío Nono que impuso el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen (que los colombianos celebramos el día de las velitas, 7 de diciembre). La lucha papal era contra los liberales italianos (que luchaban contra los curas aliados a las grandes casas aristocráticas, como lo denunciaba en esos años el peruano librepensador Manuel González Prada en *Páginas libres* (1896)), y estaba lejos de desear una migración que le introdujeran el virus protestante (Caro, 1990). Caro atrae a las órdenes religiosas católica para la educación nacional, una invasión clerical sin antecedentes y con enormes consecuencias hasta el día de hoy —basta leer *En diciembre llegaban las brisas* de Marvel Moreno (1983) para ilustrar la devastadora perturbación en las elites barranquilleras, hasta los años cincuenta y sesenta del siglo XX, educadas en el Biffi de Los Hermanos Cristianos y La Compañía de María de La Enseñanza de Santa Juana de Lestonnac—.

No se puede tener una verdadera imagen de la actividad de esta época sin las figuras de la prolífica Soledad Acosta de Samper y la del momposino —mulato— Candelario Obeso. Más conocida por su extensa labor como novelistas y periodista, el verdadero valor literario de Soledad Acosta fue su *Diario íntimo*, publicado por Carolina Álzate en 2004, una verdadera obra de arte de la literatura intimista, cuya fuerza *wertheriana* no ha sido suficientemente valorada. Hija del general Joaquín Acosta —a quien debemos *Historia de la Nueva Granada* (1971), que contiene un capítulo de valor enorme sobre la civilización muisca), sus tormentos amorosos por José María Samper (un petardo de novio— tiene un lugar al lado de la literatura romántica del poeta Isaacs. Su novelística es irregular,

con notas de interés en *Un chistoso de aldea* —con rasgos galdosianos—, y baja sensiblemente de nivel en *Doña Jerónima*, por ejemplo. Obeso es un deslumbrante cometa en el cielo de la literatura nacional. Sus *Cantos populares de mi tierra* —hay edición del Ministerio de educación de 1950— un remanso que irrumpe en el panorama de los “socios” del club de Vergara y Vergara. Tomó parte activa de la guerra civil de 1876. No fue marginado —¿cómo podían serlo sus composiciones de tan singular creatividad lírica?—, pero se le pagó mal a su genio, pese a ser favorecido por Rafael Núñez como diplomático en Francia, cargo al que no logró sacar frutos, como sí lo hizo más tarde el gran Rubén Darío en Buenos Aires, nombrado Cónsul por el mismo Núñez. Obeso se pegó un tiro en el vientre por un mal de amor no correspondido (Acosta de Samper, 2004. Obeso, 1950).⁴

El Papel periódico ilustrado de Alberto Urdaneta fue, en muchos sentidos, la obra colectiva más significativa del fin de siglo, por su larga lista de colaboradores, pero sobre todo por su audaz apuesta estética. Es, para Tarcisio Higuera, el primer historiador de la imprenta en Colombia, “seguramente la mejor publicación periódica bogotana del siglo pasado” —siglo XIX— y llegó a contabilizar 116 entregas entre el de 1881 a 1888. Figuran Alberto Urdaneta como director y como grabador Antonio Rodríguez. El prospecto reza: “Se publica dos veces por mes, cada número consta de 16 páginas con 4 grabados en madera. El volumen contendrá de 384 a 400 páginas. Imprenta de Silvestre y Compañía por Eutacio A. Escobar. Estados Unidos de Colombia. Bogotá”. El primer grabado que aparece en página entera al dorso es un perfil de Bolívar de François Desiré Roullin, que sirvió a Tenerani para moldear la estatua que está hoy en la Plaza de Bolívar y el relieve de David D’Angers, con que está acuñado el reverso de muchas de nuestras monedas, porque en ese retrato “...se une una gran verdad, la pureza de las líneas y la completa expresión del personaje”.

Si nos preguntamos cómo llegaba una imprenta (base material de la vida intelectual moderna) a Colombia en esos primeros años, la respuesta nos la da Gustavo Arboleda en *Apuntes sobre la imprenta y el periodismo en Popayán* (1905):

Enseguida dio cuenta el señor rector (que lo era entonces canónico doctoral de Popayán, doctor Manuel José Mosquera) de hallarse ya en Cali la imprenta comprada en París para esta Universidad con suscripción que hicieron los vecinos de Popayán en 1830. Que tenía pagados al señor Joaquín Mosquera 335 pesos, 7 reales y un cuartillo por los gastos que hizo de su bolsillo para poner la imprenta en El Havre, fuera de los 1014 pesos que recibió de

4. Edición llamativa, si se cuenta que el régimen de Laureano Gómez observaba una estricta censura sobre la producción intelectual del país. Obeso no mereció ser miembro de la Academia de la Lengua para los “mosaicos”, razón suficiente para reclamar a hoy un acto de desagravio público.

los suscriptores. Que tenía remitidos de cuenta, costo y riesgo de la Universidad, 214 pesos y 3 reales para cubrir los gastos que hicieron en El Havre, por fletes hasta Londres, y Mr. Allsop en esta ciudad por fletes hasta Jamaica. Que igualmente había satisfecho al señor Juan de Dios, de Cartagena, 164 pesos, 1 real y 1 cuartillo por los gastos hechos desde Jamaica hasta Quibdó, y 251 pesos, 6 reales al señor Tomás López, de Nóvita, por los que ocasionaron de Quibdó a Calima, en donde recibió los cajones de dicha imprenta un comisionado que envió el señor rector... La Universidad llevaba impendidos 966 pesos uno y medio reales en completar el valor de la imprenta en París y en traerla hasta Calima... (pp. 9-10)

Comenzó a funcionar en julio de 1832 como la Imprenta de la Universidad del Cauca. Publicó el periódico *El Constitucional*, que se publicó puntualmente semana a semana hasta 1837.

El pastuso Pastor Enríquez ofrece un lugar muy llamativo —quizá el más singular— de la rica historia de la imprenta en Colombia en el siglo XIX, artífice de la llamada Imprenta de Madera. “Sabio analfabeta”, como lo califica Sergio Elías Ortiz en *Noticias sobre la imprenta y las publicaciones del sur de Colombia durante el siglo XIX* (1935), el maestro impresor Enríquez, sin saber leer ni escribir —solo firmar—, logró, al hacerse leer libros de todas las ciencias, asimilarlos a su experiencia como ebanista, herrero, mecánico, músico, pintor y médico chamán, y adquirir así un conocimiento enciclopédico descollante. Esto le bastó para construir con sus propios recursos, ingenio y experiencia, la primera máquina de imprenta en nuestro país en 1837, sin nunca prácticamente salir de su ciudad natal. El citado historiador describe así la reinención de los sistemas de componer e imprimir, que sin duda hubiera deslumbrado a Caldas:

La primera operación fue la de hacer construir punzones de acero, en cuyas puntas estaba formado el tipo para romper la matriz y dejar en ella el bajo relieve de la letra. La combinación del metal fundido para los tipos se hacía con una mezcla de plomo, zinc y estaño. Las letras fundidas eran de la clase conocida en la tipografía con los nombres de *pica* y *small-pica*. Las letras mayúsculas más grandes y las destinadas para motes y epígrafes, lo mismo que los adornos y viñetas, se hicieron de madera de naranjo y de encino. (Ortiz, 1935, p. 139).

La nación de los intelectuales en el siglo XX

El rezago secular de la nación colombiana, inducido por los artífices y beneficiarios de la Regeneración (esta es la protesta sentida agriamente por Antonio José Restrepo (1947)), que en realidad se prolongó medio siglo, al menos hasta las reformas constitucionales y legales de primer gobierno de Alfonso López Pumarejo —1934- 1938—, tomó al país desprovisto de instrumentos conceptuales para su modernización

adecuada a la sociedad de masas. Colombia había padecido un letargo doctrinal y literario abrumador —si pensamos en Marco Fidel Suárez-Luciano Pulgar o el pontificado literario de Guillermo Valencia (Gutiérrez Girardot, 2011)—, en medio de profundas transformaciones sociales, demográficas y políticas del siglo xx. La refundación de la Universidad Nacional de Colombia, en 1935-36, y su anexa Escuela Normal Superior (ENS), fueron un hito modernizador, que abrió un amplio panorama para debatir los fundamentos intelectuales de la nación porvenir. En sus talones latían todavía los traumas sociales y políticos de las luchas sociales de los años anteriores, las gestas de Juan de la Cruz Varela y Quintín Lame y, sobre todo, la catástrofe de la huelga de las Bananeras, ocurrida en las inmediaciones de la hacienda Macondo, en diciembre de 1928, pocos meses después del nacimiento de Gabriel García Márquez.

Las décadas previas en Colombia habían generado una inusitada actividad intelectual. Bajo el gobierno de Rafael Reyes se habían promovido intelectuales liberales de provincia, como el antioqueño Baldomero Sanín Cano —hijo de artesanos y descendiente de libertos—, quien logró crearse una escotilla liberadora con su *Revista Contemporánea* —1904- 1905—, defendió la pintura de Andrés de Santa María y se grabó de memoria las composiciones poéticas de su amigo íntimo José Asunción Silva; el boyacense Carlos Arturo Torres, reconocido por su libro ensayístico *Idola Fori* (1909) (Rubiano Muñoz, 2015; Castaño Duque, 2023). Y el también antioqueño Alejandro López por *Problemas colombianos* (1927), estrecho amigo de Jorge Eliécer Gaitán. Vargas Vila fue un caso singularísimo, tachado por la censura eclesiástica como “impío furibundo, desbocado blasfemo, desvergonzado calumniador”. Sobrevive el adjetivo *vargasvilescó*, para aludir a un panfletario extremista. Inicia su vasta obra con la tremebunda *Aura* o las violetas (1887) y la culmina con la publicación de sus obras completas en la Editorial Sopena de Barcelona. Las novelas del huilense José Eustasio Rivera *La Vorágine* (1924), del antioqueño Tomás Carrasquilla *Ligia Cruz* (1920) o *La Marquesa de Yolombó* (1928) o *Toá*, narraciones de cauchería (1934) y *Mancha de aceite* (1935) de César Uribe Piedrahita, se pueden entender como una resistencia al régimen ideológico de una restauración hispanófila, centralista y estrechamente cortada a la medida de la Academia Colombiana de la Lengua. Se introdujo con Luis Eduardo Nieto Arteta el marxismo como método de análisis histórico. (Neale- Silva, 1960. Cataño, 2002). Pero estas iniciativas individualizadas no eran suficientes.

Poetas como León de Greiff y Luis Vidales abrían un lento y constante boquete a la camisa de fuerza de la larga siesta regeneracionista. Revistas como *Voces de Barranquilla*, con sus voces alternas, su universalismo poético, su apuesta a nuevas expresiones heterodoxas un puente a las otras Colombias. La labor de mujeres de origen liberal en Medellín y luego inclinadas a la lucha social abierta, como el caso de María Cano y el grupo editorial de la revista *Cyrano* no son otra cosa que alternativas

sugestivas, expresiones de inconformidad que socavaban la legitimidad de un régimen política e intelectualmente moribundo. En María Cano, siempre hay un lugar para los seres débiles, los acongojados, como en los cuentos “La Femenidad” o “La Ciega”. Electrizó, como años después Gaitán, a las multitudes en las plazas públicas, el contraste de su figura menuda con la entrega electrizante a la oratoria de plaza pública la convirtió en una figura indiscutiblemente nacional (Arango Jaramillo, 2001. Torres Giraldo, 1980).

Fue la creación de la ENS una sólida “revolución” institucional/intelectual. Con la creación de la ENS, anexa la Universidad Nacional, se sientan las bases científicas para repensar el país, su multiculturalidad, su Colombia “profunda”. La ENS concitó en torno suyo un número de profesores nacionales y extranjeros de primer nivel (que venía huyendo de la catástrofe de la República de Weimar) que formaron la primera generación de científicos sociales del país (Nannetti, 1947). Basta pensar en los discípulos de Paul Rivet —entre su profesorado sobresalían además Justus Schotelius, Gerhard Masur y Pablo Vila—, Roberto Pineda, Virginia Gutiérrez o Blanca Ochoa de Molina para redimensionar su contribución excepcional en recorrer el velo de los profundos traumas de la estructura de un país sin cohesión interna, “desvertebrado”, para retomar otra categoría errática, esta vez de Ortega y Gasset.

Virginia Gutiérrez de Pineda publicó una serie de títulos de la más alta significación para la comprensión del país, *La organización social de la Guajira* (1950), *La familia en Colombia. Trasfondo histórico* (1962), y *Familia y cultura en Colombia* (1967), entre otros más. Libros-símbolo de la entidad perdida regional en el país. La obra de Gutiérrez de Pineda irradia un deslumbrante talento etnográfico y sociológico, un análisis sin antecedentes que rasga el velo oculto de la otra Colombia, la de la diversidad regional (multiculturalidad) y de las profundas diferencias en sus instituciones culturales medulares, la familia, la religión y la economía (Gutiérrez de Pineda, 2022). No se puede decir, que sus obras hacen parte solo de una inserción de los intelectuales al servicio del partido liberal —derivada de la categoría “intelectual orgánico” dominante de la interpretación de Miguel Ángel Urrego—, sino, más específicamente, de la institución académica (Urrego, 2002, pág. 37). La categoría de Gramsci no es así inválida, para el caso de la ENS, sino sociológicamente insuficiente.

La organización social de la Guajira (1950) disecciona la península guajira, de Nazareth a Uribia, habitada por 27 etnias —de Urianá, Uriyu, Epiayu al norte a Apshana, Epiayu e Ipuana al sur— o clanes wayuu, sumida en la más cruel y estremecedora miseria. El proceso de aculturación roía todas sus instituciones ancestrales. Esta obra tuvo un destino desafortunado. La presión de la Embajada Norteamericana al gobierno laureanista para atender la problemática de la esclavitud, que fue oficialmente negada, revirtió sobre la investigadora de la ENS. Fue censurada y su autora —con su esposo Roberto Pineda— perseguidos,

forzados al exilio. Así que el exilio marca el inmediato destino de la brillante joven investigadora. Este exilio, antes de serle desfavorable, le ratificó su vocación de excepcional investigadora, al doctorarse con Alfred Kroeber, en Berkeley University, discípulo a su vez de Franz Boas en Columbia University, quien también formó al mexicano Manuel Gamio, autor de *Forjando Patria* (1916) y padre de la arqueología contemporánea en su país (tuvo contacto con K- Th. Preuss, que hizo las excavaciones de San Agustín). Todas esas influencias corren por las venas críticas, investigativas de Virginia Gutiérrez de Pineda, enriquecidas por sus grandes aportes personales.

Con el cierre de la ENS en 1950 —fue clausurada oficialmente por el poeta Rafael Maya— el país entró en una especie de letargo en los estudios sobre las otredades, sobre la lacerada realidad de una sociedad que experimentaba lo que se llamó en la sociología estructural-funcionalista, la “transición social”, cuyo representante más destacado fue Gino Germani, en Argentina. Los efectos devastadores de esa clausura no han sido señalados ni relacionados directamente con la pavorosa hecatombe de la Violencia. Sin estudios sociales, etnológicos, lingüísticos, psicológicos, las políticas estatales —nacionales, regionales, municipales—; es decir, sin la institucionalización de estas disciplinas que acompañan las políticas públicas en los estados modernos, no solo imperó la improvisación locuaz y el aventurerismo político (Medina Echavarría, 1964).

Con el cierre de la ENS se abrieron las puertas para la restauración hispánica, la creación, bajo el auspicio decidido de la política franquista, del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica (ICCH). Este Instituto asumió las tareas misionales que habían quedado en el tintero histórico del proyecto carista. Una de ellas, fue la edición, en tamaño facsimilar, de las planchas de la Expedición Botánica, que habían sido enviadas a la península por órdenes de Pablo Morillo en 1816 (Vezga Florentino, 1936), y que, poco antes, había reclamado para su expatriación López Pumarejo, ante el peligro que corrían de desaparecer definitivamente por la Guerra Civil española. Se cerró también *Revista de Las Indias* —1936- 1950—, auspiciada por el Ministerio de Educación, y apareció, en su lugar, *Bolívar: Revista colombiana de cultura*, dirigida por el poeta Rafael Maya. También se persiguió la revista *Crítica* de Jorge Zalamea, se le censuró, se obligó a cerrarla y su editor fue encarcelado —allí escribió “La metamorfosis de su Excelencia (1949)” — (López Bermúdez, 2024).

El cierre de la ENS y la creación del ICCH coincidieron, no accidentalmente, con la fundación de la norteamericanoide Universidad de Los Andes, impulsada por el político y hacendado conservador Mario Laserna —abuelo de Paloma Valencia— y el líder liberal Alberto Lleras Camargo. Esto constituía un golpe certero, dirigido contra la Universidad Nacional cuyos profesores habían sido acusados de comunistas por su participación en los acontecimientos del 9 de abril de 1948. La orientación de los estudios universitarios, que deseaban responder al modelo de las

instituciones privadas de elite de ese país —las estudió Wright Mills en Sociología y pragmatismo (19963), en que examina agudamente a Peirce, James o Dewey—, ni de lejos llegó a cumplir los motivos que inspiró su simulacro vástago andino. Alfonso López Michelsen, hijo del expresidente López Pumarejo, caricaturizó ese modelo universitario en su novela Los elegidos (1953) (López Palacio, 2024).⁵

El novelista y cronista José Antonio Osorio Lizarazo es quizá el intelectual de origen plebeyo de mayor relevancia por décadas, y su decidido compromiso político con el gaitanismo nunca le fue perdonado por las elites de poder. Osorio Lizarazo fue un escritor de oficio, un profesional de las letras. Sus crónicas se cuentan entre las mejores escritas en la historia del periodismo colombiano y su ciclo novelístico que, inicia con Casa de vecindad (1930) y tiene su aporte más dramático en El día del odio —que relata los sucesos del 9 de abril— (1952), ha sido marginado, si se compara con la promoción de las novelas —no de mayor calidad— de Eduardo Caballero Calderón. Osorio Lizarazo se sumerge en la miseria urbana, en el mundo de los marginados de donde provenía, de los anónimos hombres y mujeres que padecen en situaciones límites. El elogio de Hernando Téllez (2017) a esta novela es incondicional. Solo La calle 10 (1960) de Zapata Olivella desciende unos escalones más abajo de los infiernos sórdidos de la vida de “los miserables” bogotanos.

La figura literaria lograda del Coronel no tiene quien le escriba, escrita por Gabriel García Márquez en 1956/57 —mientras vivía en París de reciclador y dormía en una buhardilla (Saldívar, Dasso, 1997)—, alcanza una estatura de símbolo universal. No por accidente la venta de sus libros es desconcertantemente elevada y su lector, en cualquier parte del mundo, puede entrever símbolos de una tragedia muy humana. Su escenario es el de la Aracataca, casi medio siglo después de la Guerra de los Mil Días (1899- 1902), simbolizada en una personalidad atada a la espera de la pensión de veterano de guerra. El coronel personifica al vencido de una contienda política, pero no al derrotado moral. La espera era pues la incertidumbre de una promesa, reiteradamente incumplida; es ese estar “pudriéndose vivos”. El motivo medular del Coronel es la desmemoria, el olvido infame del pasado histórico. El diálogo tenso entre el coronel y el abogado, que le llevaba hacía años el caso de la pensión, devela una realidad aplastante. El jurista no daba cuenta de un asunto mayor, de los “dos baúles en el inventario de la rendición”, que le habían sido entregados por el coronel Aureliano Buendía en el campamento de Neerlandia —hacia como medio siglo atrás—, y que el coronel garciamarquiano —trasunto de su abuelo materno— había traído en lomo de mula, como tesorero de la revolución a Macondo, y depositados en la oficina del jurista. El abogado escurre el bulto de la responsabilidad

5. Ante las presiones del gobierno, Jaramillo Uribe se refugia en la Universidad de Los Andes, como profesor de economía. Este ambiente condiciona su valorativo juicio sobre Caro.

del destino de ese material sin dueño. Sin esos legados el pasado queda muerto, para el coronel, los reclama como cosa imperativa así se tome otro siglo en recuperarlos. Es un asunto de justicia colectiva, de la memoria histórica de la región caribe. Al contrario del Antoine Roquetin de Sartre, que trata de escribir la obra del marqués de Rolleston, aturrido de documentación empírica, sin avanzar en su empresa historiográfica —nihilista desolado—, el Coronel garciamarquiano, las reclama con fe digna para restituir la historia en el lugar que le corresponde a su región.

Pocos años antes de la publicación del *El Coronel de García Márquez*, se había fundado en Instituto de filosofía de la Universidad Nacional en 1951, por iniciativa de Cayetano Betancur, Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez. Era también otro hito institucional, del que el filósofo y ensayista Rafael Gutiérrez Girardot, deja un testimonio de sus recuerdos de estudiante: “Pues esta institucionalización del estudio de la filosofía”, como lo escribe en un breve artículo de tono reivindicatorio “La introducción de la filosofía moderna en Colombia”:

[...]no solo pretendía renovar la filosofía parcial y anacrónica que se trillaba en todos los establecimientos de enseñanza, sino preparar y formar adecuadamente a quienes tenía vocación por la disciplina... El mérito es tanto mayor por cuanto que ellos eran Adanes que pretendían superar el autodidactismo inevitable no solo en ellos, sino en el país... propusieron con su fundación una renovación de la vida universitaria, basada en la seriedad y el rigor. (Gutiérrez Girardot, 1989, p.)

Del Frente Nacional a la Coticución de 1991

La Constitución de 1991 fue el hecho político —al lado de la firma de los Acuerdos de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las guerrillas de las FARC-EP—, más trascendental de la nación colombiana en los últimos 30 años. La Constitución de 1991, nacida al calor de la disolución de la Unión Soviética, trata de contener el océano de sangre que vivía el país sometido a las fuerzas narco-paramilitares que llenaron de terror las ciudades y campos y asesinaron, impunemente, a más de cinco mil militantes de la Unión Patriótica (UP), brazo político de las FARC, y a la vez readecuar la economía nacional a los postulados de un neo-liberalismo en auge. El resultado fue pues un texto ambivalente —un Frankenstein institucional—, que otorga garantías públicas a los ciudadanos (un estatus de derechos fundamentales a la altura de su época) y, a la vez, se condiciona a un optimismo empresarial de apertura económica. El dado cargado del mandatario César Gaviria.

El pacto de caballeros, como se ha caracterizado el Frente Nacional; es decir, el “sagrado derecho de la continuidad” (Vásquez Cobo, s.f.), como lo llamó Álvaro Gómez Hurtado en su momento (1957, Pág. 139), fue ocasión para despertar, una vez más, una intelectualidad en exilio y medio aletargada. La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo en Colombia (1959) del poeta Jorge Gaitán Durán contiene la

declaración de principios de una nueva generación incómoda, decidida a romper con el peso muerto de un pasado oprobioso, el de la llamada Violencia. El historiador Erich Hobsbawm habló ante el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán:

...no eran aquellas que temían por lo que pudieran perder, sino las que nada tenían que perder, y los enemigos contra los cuales las movilizaron no eran extranjeros y grupos marginales (aunque sea innegable el contenido antisemita en los peronistas y en otros grupos políticos argentinos), sino «la oligarquía», los ricos, la clase dirigente local. (1998, p. 139)

Para que una época se llame nueva, que crea abrir el porvenir a las nuevas y más inteligentes generaciones, se precisa de un balance audaz del estado de su nación, de esa magnitud soñada, como la llama Max Weber en *Economía y sociedad* (1964), de un escrutinio de las fuerzas sociales y políticas viejas, las nuevas y las posibles o deseables. Gaitán Durán, sin este instrumentario sociológico, evaluó también la situación colombiana, en *La revolución invisible* (1957). La revista *Mito*, que cofundó con Eduardo Cote Lamus y Pedro Gómez Valderrama, entre otros, fue el receptáculo de esa propuesta, pero su temprana muerte, en un accidente aéreo de Guadalupe en 1962, frustró este empeño. (Rivas Polo, 2020).

Coincidió la apuesta innovadora de *Mito* con la llegada de la crítica argentina Marta Traba, casada con el periodista Alberto Zalamea Costa, hijo de Jorge Zalamea —autor de un memorable panfleto anti-dictatorial, *El Gran Burundú- Burundá ha muerto* (1952)—, que irrumpe como un vendaval en la amodorra ciudad letrada, que denuncia también Gaitán Durán. Marta Traba crea, también, a su alrededor un mito, en el sentido genuino de fuente originaria de algo nuevo, algo refrescante, algo perturbador, en la dirección que se quiere valorar estos conceptos. Vino a Colombia, vio arte y dio sus conceptos sin tapujos, sin medias tintas. Animó la creación de instituciones artísticas, como el Museo de Arte moderno, alentó galerías, refrescó la crítica artística, sentó criterios a favor de unos —Botero, Luciano Jaramillo, Lucy Tejada, etc.) y en contra de otros (Luis Alberto Acuña, Gómez Jaramillo—, se deslumbró con “La Violencia” de Obregón, no sin razones —hoy el cuadro está en poder de la familia Santos que tan poco hizo por contener la Violencia—, educó didácticamente en programas televisivos, alentó a los nuevos jóvenes pintores, si veía en ellos talento o les dio látigo si no veía nada mejor qué decirles, destacó La Tertulia de Cali, en cabeza de Maritza Urdinola (la comparó, aunque con su debida distancia, con Sur de Victoria Ocampo), etc. Escribió una novela “total” *Homérica Latina* (1979), que contiene un capítulo “Bogotá: reminiscencias de un país lindo”, todo lo contrario, al embeleso y la complacencia —la imagen de Bogotá es más deprimente que las de Osorio Lizarazo, Zapata Olivella y Luis Fayad (Traba, 1974)—.

El problema no fue la avasalladora personalidad de Marta Traba, sino la inexistencia de los pros, los contra y los anti Marta Traba con su vehemencia y altura en la escena pública intelectual.

A diferencia de Marta Traba, el crítico y ensayista Rafael Gutiérrez Girardot, no gozó de la publicidad ni de la notoriedad pública de los gestores de *Mito* —aunque fue colaborador— ni de la crítica de arte argentina. La marginalidad —de intelectual franco-tirador como le gustaba comprenderse— se vio agudizada por sus juicios en su “Literatura colombiana en el siglo xx”, del Tomo 3 de *Manual de Historia de Colombia* —editado por Jaime Jaramillo Uribe—, contra el nadaísmo —una muy tardía y mediocre vanguardia—, y, posteriormente en otros ensayos —de ocasión—, sus reservas sobre Fernando González, sus juicios devastadores contra Estanislao Zuleta y su rechazo tajante a los decoloniales y al pachamamismo emergente. La circunstancia de vivir desde 1950 fuera del país, y desde 1953 en Alemania —fue discípulo de Heidegger y Hugo Friedrich y desde 1970 profesor de la Universidad de Bonn—, no solo lo alejó de la escena intelectual local, sino que se hizo en su entorno la negativa aureola del boyacense que piensa como un alemán. Para Gutiérrez Girardot apenas se puede hablar de filosofía en lengua española y de la precaria tradición literaria española, son pocos los nombres de excepción. Publicó *Jorge Luis Borges: un ensayo de interpretación* (1959), *Nietzsche y la filología clásica* (1964), *Poesía y prosa en Antonio Machado* (1968), *Horas de Estudio* (1974). Sus juicios críticos generaron aceptación o rechazo en una relación amor-odio, que acaso se logre superar para estas nuevas generaciones (Gutiérrez Girardot, 1989 y 2012).

El crecimiento de las grandes ciudades, la emergencia de la matrícula en el sistema educativo, la modernización impulsada por el polémico Informe Atcon —publicado por vez primera en revista Eco en 1966 que da lugar al *Plan Básico* del Icfes de 1970—, la agudización de las luchas sociales, la explosión de los círculos de lectores del marxismo en todo el país, el surgimiento de guerrillas, dieron lugar a la aparición de editoriales de izquierda, de una literatura científica de cuño marxista leninista, entre finales de los años sesenta hasta principios de los ochenta. En esa emergencia surgieron editoriales como la Oveja Negra, La Pulga, Tigre de Papel, Hombre Nuevo, La Carreta, 8 de Junio, La Soga al Cuello, que encontraron en la imprenta Lealón de Medellín —propiedad de Ernesto López—, el mejor lugar para su edición, diagramación, diseño, corrección, impresión, distribución, divulgación y agitación subversiva. Esta emergencia acompañó y consolidó nombres como el del mencionado Estanislao Zuleta, también los de Mario Arrubla, Álvaro Tirado Mejía, Margarita González, Antonio García, Germán Colmenares, Salomón Kalmanovitz, Daniel Pecault, Miguel Urrutia, Jorge Villegas, Darío Mesa, Mario Arango Jaramillo, Luis Eduardo Nieto Arteta, Jorge Villegas, entre los principales. Títulos como *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*

(Arrubla, 1968), *Historia económica y social de Colombia* (Colmenares, 1973), *Historia del sindicalismo en Colombia* (Urrutia Montoya, 1969), *El café en la sociedad colombiana* (Nieto, 1971), *Petróleo colombiano, ganancia gringa* (Villegas, 1971), *El proceso del capitalismo en Colombia* (Arango Jaramillo, 1971), se vendieron en cantidades sin precedentes y fueron bibliografía básica universitaria, obligatoria en los pensum de todas las carreras. Se leyeron además en sindicatos, círculos de estudios, asociaciones campesinas. La distribuidora El Zancudo en ciudades estratégicas vendía sus títulos a montones. La revista *Alternativa* era su complemento idóneo para una formación y actualización de los cuadros revolucionarios insumidos, marxista-leninistas (Gómez García, 2005). Al calor de esa emergencia se fundaron Departamentos de Historia, como el de la Universidad Nacional, Sede Medellín, que ya cumple 50 años. Es concomitante este estallido social con el movimiento del nuevo teatro, con grupos como el Teatro Experimental de Cali —Enrique Buenaventura— y La Candelaria de Bogotá —Santiago García y Patricia Ariza—, vinculado este a la Confederación Sindical de Trabajadores (CSTC).

Y a la ahora de los balances sobre intelectuales y nación ¿qué?

Recientemente, como dijimos, se publicó un libro sobre la intelectualidad afro y negra del país, del historiador Flórez Bolívar, obra investigativa que nos invita, por su acento provocador contra el olvido de los aportes de sus intelectuales marginados, a hacer reajustes a nuestra imagen de los intelectuales en la nación colombiana. El reparo es justo. Flórez Bolívar ofrece un cuadro histórico social del área geográfica de mayor predominancia de población afro y mulata. Muestra el relacionamiento, desde muy temprano, de la circulación de habitantes y mercancías entre el Chocó y la región Caribe, principalmente Cartagena y Barranquilla. Clave para el desenvolviendo de la vida intelectual, la escuela Nacional de Varones y el Colegio de Araujo. Aparecieron imprentas, como la de Eusebio Hernández. Resalta esta investigación los nombres y las trayectorias de figuras marginadas en los estudios sobre nuestra intelectualidad, como Juan Coronel, Luis Antonio Robles, Manuel Francisco Obregón, Antonio María Zapata, Gregorio Sánchez Gómez. El gran aporte del libro es el haber logrado articular la historia social-regional y política con los intelectuales, destacar los escenarios de lucha —partidos, organizaciones sindicales— con la producción intelectual. Lograr sacar a la luz lideresas como Juana Juliana Guzmán o a un Antonio Caballero Cabarcas, este último quien entró en correspondencia con José Carlos Mariátegui. O documentar la praxis política de los miembros de Círculo Intelectual Marxista Revolucionario, asociada a Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana (Mariátegui, 1928).

El debate es sugerente, sin ser aceptable el calificativo de racista de Caldas —que toma de Alfonso Múnera—. El punto más desafortunado de la investigación, con todo, es el de adoptar sin reparos los conceptos “negros”, “mulatos”, que sugiere la adopción de la categoría de raza

como algo identitario por sentado, mejor dicho, admisible per se: una tiranía epistémica porque razas no hay; solo representaciones culturales de la raza. La raza, indica Fernando Ortiz en *El engaño de las razas* (1946), no es “sino una persistencia social”, una raza que no tiene que ver ya nada con lo racial. ¿Dónde empieza y dónde termina una raza? Los antropólogos llegan a contabilizar 150 en una incertidumbre sin fondo. En resumen, para salir de ese laberinto conceptual (no hay razas, hay culturas) afirma el cubano:

Así pues, todas las distinciones raciales hechas según el color de la piel o según otros caracteres corporales que se entremezclan y solapan en múltiples combinaciones, en rigor no establecen categorías precisas entre los seres humanos, ni acreditan siquiera una inequívoca condición racial derivada de una misma continuidad genética.

La pregunta por nuestra relación entre nación e intelectuales ha estado, como en Hispanoamérica, condicionada por las relaciones entre el poder político, la vida pública y las luchas partidistas, una vez se inician las guerras de independencia y se establecen las convulsionadas repúblicas. Así el intelectual encuentra en esas disputas un lugar inusitado, unas funciones que les eran ajenas; es decir, que no había tenido la oportunidad de ejercerlas ni a las que podía aspirar en el régimen colonial como criollo. Ahora se sabe ciudadano y salta, por razones de la dinámica emancipatoria, a periodista libre, a historiador, a poeta, a constitucionalista, a parlamentario, etc. Caldas mismo pasa de ser un dependiente de la Expedición Botánica, un contratista de José Ignacio de Pombo en Cartagena y el marqués de Carondelet en Quito, a un redactor de el “Diario Político”, a oficial militar, y pronto a coronel que organiza en Antioquia la defensa contra la Reconquista. Se enfrenta a Nariño, es fusilado por órdenes del Pacificador Morillo en 1816. No hay en ello sino una discontinuidad/continuidad en la persona en la continuidad/discontinuidad irreversible de la marcha de la historia.

Como Caldas, los hombres de letras del largo siglo XIX (hasta Sanín Cano o López de Mesa) van a participar en los debates de la nación, tras consolidar la Independencia. Corren la suerte que apunta el historiador argentino Sergio Bagú (pater de la teoría de la dependencia), en *Acusación y defensa del intelectual* (2017): demarca para este sujeto emergente un destacado papel en repúblicas conmovidas por el largo ciclo patricio/caudillista. Hoy son los intelectuales ministros y diplomáticos, presidentes incluso, mañana encarcelados y logran ser fusilados por razones, políticamente, discernibles. Son a la vez caudillos políticos, hombres de letras y empresarios proto-burgueses. Están en la obligación de descifrar la incógnita del desorden político, de la figura del caudillo y el enigma de la nación (Bagú, 2017). El inventario de los libros del Libertador, que establece Pérez Vila, es un índice muy sintomático y

valioso (1960).

Luego vendrá la lectura de Tocqueville, el primer best seller, si se nos permite el abrupto, de las ciencias sociales europeas. Victor Hugo, Lamartine, pero también de los españoles románticos Mariano José de Larra y Espronceda. Se lee el socialismo utópico (en Bogotá se edita el primer libro de las teorías de Saint-Simon, Fourier, Owen, Lamennais). También los hispanoamericanos se leen entre ellos, se lee a Andrés Bello, García del Río, Montalvo, Isaacs y luego a Rubén Darío. Crean una comunidad letrada hispanoamericana. Los problemas propios, los sienten como problemas globales, lo regional se esclarece con lo subcontinental, y viceversa. La diplomacia amplía horizontes, así Isaacs va a Perú y Chile, Florentino González y José María Samper a Buenos Aires (Isaacs, 2006; Henao Restrepo, 2007). Uricoechea parte decepcionado a Europa para morir en Palestina, y los Cuervos no salen de su viaje al viejo Continente. París es centro de atracción y escuela de placer y España (el cuarto centenario del descubrimiento) una ocasión de reconocer los lazos trans-atlánticos. Carlos Altamirano y Jorge Myers señalaron estos rasgos, propios de todas nuestras naciones, en *Historia de los intelectuales de América Latina* (Altamirano, 2008).

La legitimación por la frecuentación de esa literatura científica, estética, sociológica no se mide por una originalidad o creatividad genial como petición de principio. Caldas no precisaba ni buscaba ser un Linneo o un Humboldt. Era Caldas con sus limitaciones, y sobre todo con su inmensa pasión científica al servicio de la nación entrevista. Tampoco Nariño o Bolívar era un Montesquieu o un Sieyès. No precisaban serlo. Ni siquiera Candelario Obeso deseó ser Moratín. Bastaba asimilar sus modelos, aclimatarlos al paso, exigirse por alcanzar la belleza y el dominio de su arte, amar sinceramente a su tierra. La organización social de la inteligencia (presupuesto para preservar y agrandar una tradición nacional) era precaria, inestable, sujeta a variables inusitadas, a los libros, laboratorios, academias, universidades, medios de divulgación, bibliotecas públicas, gabinetes, museos, lectores críticos y público lector general. Paz política, presupuesto público, mecenazgo, tertulias, salas de música, teatro, sostenidas en el hilo del tiempo, de generación en generación. El fenómeno no es solo colombiano, lo estudió Jorge Basadre (1931) muy tempranamente en Perú: problema y posibilidad, (publicado por primera vez en 1927).

Las discontinuidades, los irreparables fracasos, las frustraciones son parte de un proyecto colectivo, tan complejo y divergente, como son las empresas de creación, sostenimiento y proyección del conocimiento intelectual, y entre nosotros desde las empresas de la Expedición Botánica, la Comisión Coreográfica, la ENS, “Mito”, para mencionar algunas, pero suficientemente representativas, sucumbieron a la represión, a la violencia o a la indolencia estatal o social. Los intentos de rehacerlos (esto no es una “invención” de una tradición) han sucumbido igualmente, pues cada momento precisa de una estrategia diferente, mentalidad

diferente, objetivos diferentes. Pero esas discontinuidades no son, ni tiene que ser sumatorias catastróficas, sino acaso otras posibilidades, otras alternativas. ¿En qué caso se podría hablar de ideas desencajadas o parcialmente desencajadas? No hay respuestas anticipadas al suspicaz cuestionamiento. Hoy podemos constatar este mismo vivac con los proyectos de Colciencias, instalados en los años noventa con fondos del BID.

La reacción conservadora de la Regeneración (Núñez y sobre todo Caro) pretende asfixiar los vientos de modernización intelectual y literaria. La Academia Colombiana de la Lengua (1871), la primera correspondiente en el continente, sienta las bases asfixiantes del ideario hispánico. Nada tiene de malo (hasta es muy provechoso) conocer la gramática castellana (luego de todo, Andrés Bello había escrito una muy útil para “uso de los hispanoamericanos”), lo anormal es que esta se erija como látigo lingüístico para todos los habitantes de la República de Colombia. Nada garantizaba, como lo indica Sanín Cano, que esos honorables miembros correspondientes, supieran más gramática que Eugenio Díaz, el autor de *Manuela*, a quien se le criticaba sus fallas sintácticas.

La profunda crisis civilizatoria occidental (la percibió con agudeza entre nosotros Luis Tejada) oxigena la tradición de una República “conservadora” fétida, en descomposición. Los años veinte atraen los signos de una imparable modernización a todos los campos de la opinión pública. El cine, la radio, las artes gráficas publicitarias. El marxismo del Partido Socialista Revolucionario (PSR), estudiado con detención por Meschakt —en edición reciente de la Universidad del Valle (2023)—, contribuye a crear al lector plebeyo y a la lectora obrera, fenómeno inédito que más tarde explotará muy sagazmente Gaitán, con su periódico “Jornada”, dirigido por Osorio Lizarazo (Núñez, 2006). Esta prensa clama por una entidad nacional, no condicionada por el discurso hegemónico —hispanista, en nuestro caso—, más allá de los patrones dominantes. Es la nación plebeya. El mismo discurso higienista y racista de las elites de los años veinte —Luis López de Mesa, Manuel Jiménez— solo exhibe la impotencia —por tanto, estéril y bochinchera— de responder por una situación que, poco antes, creían controlar con sus propias manos. López de Mesa esquivó los problemas, simplificó los hechos, evitó los conflictos en *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934).

A diferencia de la tradición intelectual norteamericana, en la que el intelectual había sido ajeno a la vida política (la poesía solo entró a la Casa Blanca con Kennedy, escribe Edward Shils (1976)), en nuestros países es en el siglo xx donde el intelectual (el poeta y literato) empieza a ser un factor de sospecha para el orden semi-señorial establecido. No se les quiere por Palacio. León de Greiff, Osorio Lizarazo —solo basta pensar la relación tensa con Eduardo Santos—, Jorge Zalamea, Zapata Olivella, son ejemplo de ello. Las obras, más tarde, *La organización social de la Guajira* (1950) de Virginia Gutiérrez de Pineda y el *Coronel* no tiene

quien le escriba (1961) de García Márquez, pertenecen a la oposición anti-laureanista. El “libro de izquierda” de los años setenta, que inundó las insumisas organizaciones de izquierda, la universidad colombiana masificada. El intelectual escribe bajo el compromiso del “yo acuso” zoliano. Cabe razón a Miguel Ángel Urrego al subrayar el carácter de “búsqueda de autonomía” del intelectual y sus relaciones “múltiples y cambiantes” con el Estado, en precaución de que estas se concreten en los campos instituciones en que actúan —partidos, sindicatos, universidades, iglesias, academias, tertulias, etc. (Urrego, 2002)—.

Nuestros intelectuales, pese a sus quejas o vicisitudes (miserias, suicidio, persecuciones, exilio, homosexualismo, alcoholismo o drogadicción en no pocos casos), siempre han gozado de un prestigio, han sido coronados por una aureola de prestancia y aprecio en la comunidad nacional. Barba Jacob es signo de este azar escandaloso que colabora en su encumbramiento. No han tenido que lidiar con el populismo demagógico, que, para volver a la referencia norteamericana (tomado de Shils), por ejemplo, padecieron los intelectuales norteamericanos por las iglesias, los comerciantes, los militares “... que trataban de uncirlos a su servicio y de coartarlos y perjudicarlos de palabra y de hecho si no cedían a sus halagos y sus amenazas”. Entre nosotros conocimos el poeta glorioso, como Julio Flores y se le reverenció a un León de Greiff., se mantuvo un culto a la memoria de Caldas, de Isaacs, de Rivera, se atendió ampliamente a Antonio García, a Marta Traba, a Estanislao Zuleta, etc. (Urrego, 2002).

Hoy vivimos en Colombia, luego de la Constitución del 91, que legitimó una atmósfera de modernización neoliberal en las universidades (grupos de investigación, revistas indexadas, posgrados acreditados, ranking universitarios etc.), las consecuencias negativas de la atomización académica, la ilusoria competencia institucional, al crear un clima ambivalente en la producción académico-universitaria. Acaso fue Antanas Mockus quien sentó, más claramente, las bases del actual régimen universitario, como Vicerrector Académico de la Universidad Nacional en 1992. Fue un paradigma que prosiguió Luis Pérez como rector de la Universidad de Antioquia. Luego de treinta años ninguno de los propósitos institucionales sentados por esa cúpula, a saber, convertirnos de súbito en universidades de élite mundial, desterrar el conflicto político de los campus (capuchos) y generar una autonomía presupuestal, se han cumplido. Entonces, cabe preguntarse, ahora ¿qué?

Hoy aflora nuevamente la desfinanciación universitaria, una crítica falta de legitimidad de altos funcionarios, atornillados en sus privilegios, una corrupción a flor de piel y escándalos por violencias de muchos tipos. Una universidad con muchos profesores, muchos expertos, pocos o ningún intelectual que escuche el malestar y le hable a la nación. Solo quien se atreva a salir del camino trillado, de las convenciones consentidas y repela el ocasionalismo de los hombres cansados, tendrá

un lugar, por modesto que sea, en el exigente futuro de una nación letrada que se lo agradece. Nada se pierde en los hilos dispersos de la vida del intelecto, pese a la “peste del olvido”, el leit motiv garciamarquiano, y lo que se tilda de fracaso de la nación, de fraude colectivo, no es otra cosa que la nominación retórica que corrobora lo contrario. La protesta no es desgano. La palabra se ha desplazado hacia los movimientos decoloniales, en sus múltiples variables. Es la ruda marcha del “espíritu de utopía”.

Referencias

- Acosta de Samper, S. (2004). *Diario íntimo y otros escritos*. Panamericana.
- Altamirano, C. (2008). *Historia de los Intelectuales de América Latina*. Editorial Katz.
- Arboleda, G. (1905). *Apuntes sobre la imprenta y el periodismo en Popayán*. Talleres poligráficos “El grito del pueblo”. [ooble.com/maps/search/polideportivos+villavicencio/@4.0809859,-73.6727901,741m/data=!3m1!1e3?entry=ttu&g_ep=EgoyMDI0MDkyNC4wIKXMDS0ASAFAQw%3D%3D](https://www.google.com/maps/search/polideportivos+villavicencio/@4.0809859,-73.6727901,741m/data=!3m1!1e3?entry=ttu&g_ep=EgoyMDI0MDkyNC4wIKXMDS0ASAFAQw%3D%3D)
- Arango Jaramillo, M. (2001). *María Cano. Flor eterna, siempre viva*. UMC.
- Atcon, R. (1966). *Universidad latinoamericana: una propuesta para un enfoque integral para el desarrollo*. Revista Eco.
- Bagú, S. (2017). *Acusación y defensa del intelectual*. Unaula.
- Basadre, J. (1931). *Perú: problema y posibilidad y otros ensayos*. Ed. E. Rosay.
- Bateman, A. (1959). *Francisco José de Caldas: el hombre y el sabio*. Imprenta Departamental.
- Berrueto, M. (1986). *La participación americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*. Centro de Estudios Constitucionales.
- Boas, F. (1964). *Cuestiones fundamentales de la antropología cultural*. Ediciones Solar.
- Bolívar, S. (1947). *Obras completas*. Tomo I y II. Ed. Lex.
- Caldas, F. J. (1966). *Obras completas*. Ed. Nacional.
- Caro, M. A. (1990). *Escritos Políticos*. Instituto Caro y Cuervo.
- Castaño Duque, G. (2023). *Baldomero Sanín Cano (1861-1957). De Rionegro a Bogotá: un intelectual de provincia*. Universidad Nacional.
- Cataño, G. (2002). *Luis Eduardo Nieto Arteta: esbozo intelectual*. I.E.C.
- Cordóvez Moure, J. M. (1978). *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Colcultura.
- Flórez Bolívar, F. J. (2023). *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877-1947*. Crítica.
- Gaitán Durán, J. (1959). *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia*. Tierra Firme.
- Germani, G. (2017). *Consideraciones sociológicas del desarrollo económico en América Latina*. Clacso.
- Gómez García, J. G. (2015). *La Carta de Jamaica. 200 años después. Vigencia y memoria de Bolívar*. Ediciones B.
- Gómez García, J. G. (2005). *Cultura intelectual de resistencia. (Contribución a la*

- historia del “libro de izquierda” en Medellín en los años sesenta). Ediciones Desde Abajo.
- Gómez Hurtado, Á. (1957). *La nación ante la universidad*. Serie “Reforma Universitaria”.
- González Prada, G. (1985). *Páginas Libres. Horas de lucha*. Biblioteca Ayacucho.
- Gutiérrez; J. M. (2006). *De la poesía y la elocuencia de las tribus de América y otros textos*. Biblioteca Ayacucho.
- Gutiérrez de Pineda, V. (2022). *La organización social de la Guajira y diarios de campo*. Universidad Nacional.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989). *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Editorial Temis.
- Gutiérrez Girardot, R. (2011). *Ensayos de literatura colombiana I*. Unaula.
- Hobsbawn, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Mondadori.
- Isaacs, J. (2006) *María*. Universidad Externado de Colombia/ Universidad del Valle.
- Jaramillo, S. (2023). *Hombres de ideas. Entre la revolución y la democracia*. Ariel.
- Jasick, I. (2001) *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Universidad de Chile.
- Ortiz, S. E. (1935). *Noticias sobre la imprenta y las publicaciones en el sur de Colombia en el siglo XIX*. Imprenta Departamental.
- Loaiza Cano, G. (2004). *Manuel Ancízar y su época (1811- 1882)*. Universidad de Antioquia-Eafit.
- López Bermúdez, A. (2024) *Una revista rescatada del olvido: apuntes sobre la irrupción de Crítica en el panorama intelectual colombiano (1948-1951)*. Universidad de Antioquia.
- López de Mesa, L. (1970). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bedout.
- López Palacio, D. (2024). *Las redes socioprofesionales de Jaime Jaramillo Uribe: modernización de la universidad y las ciencias sociales en Colombia entre 1935 y 1966*. Universidad Nacional.
- Lynch, J. (2008). *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*. Crítica.
- Medina Echavarría, J. (1964). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo de América Latina*. Hachette/Solar.
- Meschkat, K. (2023). *El marxismo en Colombia: sobre la relación entre la teoría de la revolución y el movimiento social*. Universidad del Valle.
- Mirada, F. (1982). *América espera*. Biblioteca Ayacucho.
- Moreno, M. (1983). *En diciembre llegaban las brisas*. Plaza y Janés.
- Múnera, A. (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Planeta.
- Nannetti, G. (1947). *La Escuela Normal Superior de Colombia: Informe a la UNESCO*. Minerva.
- Neale- Silva, E. (1960). *Horizonte humano. Vida de José Eustasio Rivera*. F. C. E.
- Núñez, L. Á. (2006). *El obrero ilustrado: prensa obrera y popular en Colombia 1909- 1929*. UniAndes.
- Obeso, C. (1950). *Cantos populares de mi tierra*. Ministerio de Educación Nacional.
- Ortiz, F. (1946). *El engaño de las razas*. Páginas S. A.

- Pérez Vila, M. (1960). *La biblioteca del Libertador*.
- Picón Salas, M. (1969). *De la conquista a la Independencia: tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. FCE.
- Restrepo, A. J. (1947). *Sombras chinescas. (Tragicomedia de la Regeneración)*. Editorial Progreso.
- Rivas Polo, C. (2020). *Revista Mito: vigencia de un legado intelectual*. Universidad de Antioquia.
- Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Universidad de Antioquia.
- Rubiano M. R. (2013). *Baldomero Sanín Cano en la Nación de Buenos Aires (1918-1931)*. Universidad del Rosario.
- Silva, R. (2002). *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*. Eafit.
- Saldívar, D. (1997). *García Márquez: el viaje a la semilla: la biografía*. Alfaguara.
- Sartre, J. P. (1994). *La náusea*. Alianza editorial.
- Shils, E. (1976). *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Ediciones Tres Tiempos.
- Schmitt, C. (2000). *Romanticismo político*. Universidad UNQ.
- Tejada, L. (1977). *Gotas de tinta*. Colcultura.
- Téllez, H. (2017). *Crítica literaria II. 1948-1956*. Instituto Caro y Cuervo.
- Torres Giraldo, I. (1980). *María Cano, apostolado revolucionario*. Carlos Valencia editores.
- Traba, M. (1974). *Mirar en Bogotá*. Colcultura.
- Urrego, M. Á. (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil días a la constitución de 1991*. Siglo del Hombre.
- Vásquez Cobo, C. (s.f) *El Frente Nacional. Su origen y desarrollo*. Pro Patria.
- Vezga, F. (1936). *La Expedición Botánica*. Minerva.
- Vizcardo y Guzmán, J. P. (2004). *Carta dirigida a los españoles americanos*. F.C.E.
- Wright Mills, C. (1968). *Sociología y pragmatismo*. Siglo Veinte.